

Espacios para las actividades recreativas de ocio en Bucaramanga y la transición hacia una ciudad burguesa: clubes, cafés y diversiones mal vistas (1900–1950)

Spaces for leisure and recreational activities in Bucaramanga and the transition to a bourgeois city: clubs, cafés, and disreputable entertainments (1900–1950)

Víctor Manuel Peña Melo

El Colegio de Jalisco

vicmer182@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-8437-1866>

Recepción: 19 de julio de 2025. Aceptación: 21 de mayo de 2026

Resumen

En la historia urbana de Latinoamérica, durante la transición hacia las *ciudades burguesas*, las ideas alrededor de los espacios para las actividades recreativas de ocio se instrumentalizaron por parte de las élites para proyectar una imagen de orden, refinamiento y modernidad, en contraposición con prácticas consideradas arcaicas o inmorales. Esta investigación estudia cómo esta aspiración a homogeneizar el paisaje urbano encontró resistencias, adaptaciones y apropiaciones diversas en la experiencia histórica de la ciudad colombiana de Bucaramanga durante la primera mitad del siglo XX. Por medio de fuentes como periódicos, fotografías, crónicas, y archivos oficiales, se da cuenta de cómo los cafés, burdeles, clubes sociales, expendios de alcohol y zonas de tolerancia, no solo cumplían una función recreativa, sino que revelan formas de distinción social, control urbano y expresión de tensiones, al reflejar los anhelos, intereses y expectativas de quienes los construyeron, la regulación que enfrentaron, las limitaciones a las que debieron adaptarse y las diversas maneras en que la población hizo uso de ellos. El caso de Bucaramanga, lejos de ser periférico, revela los matices regionales del proceso de cambio urbano en América Latina y ofrece claves para repensar la ciudad burguesa más allá de las grandes capitales.

Palabras clave: Historia urbana, ocio, Bucaramanga, ciudades intermedias, espacio.

Abstract

In the urban history of Latin America, during the transition toward bourgeois cities, ideas surrounding spaces for recreational leisure activities were instrumentalized by elites to project an image of order, refinement, and modernity—contrasting with practices deemed archaic or immoral. This research examines how the aspiration to homogenize the urban landscape met with resistance, adaptation, and diverse forms of appropriation in the historical experience of the Colombian city of Bucaramanga during the first half of the 20th century. Drawing on sources such as newspapers, photographs, chronicles, and official archives, the study shows how cafés, brothels, social clubs, alcohol outlets, and tolerance zones not only served recreational purposes but also revealed patterns of social distinction, urban control, and expressions of tension, reflecting the desires, interests, and expectations of those who created them, the regulations they faced, the constraints they adapted to, and the various ways the population made use of them. Far from being peripheral, the case of Bucaramanga highlights the regional nuances of urban change in Latin America and offers insights for rethinking the bourgeois city beyond major capitals.

Keywords: Urban history, Leisure, Bucaramanga, Intermediate cities, Space.

Introducción

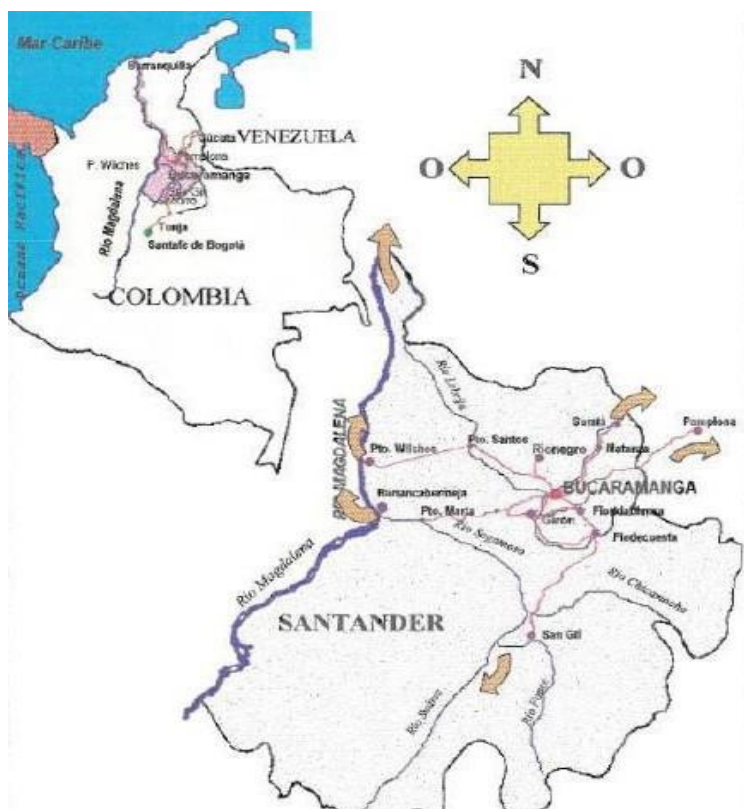
El análisis de una ciudad desde la historia urbana va mucho más allá de registrar el orden de aparición de sus edificios o de describir antiguos paisajes urbanos. Implica, sobre todo, comprender cómo los espacios construidos en una época reflejan a la sociedad que los produjo, en procesos que expresan tensiones, aspiraciones y, en última instancia, transformaciones sobre el territorio. Al abordar lo urbano, explica Horacio Capel, pueden distinguirse tres dimensiones entrelazadas: *urbs*, entendida como la materialidad y los usos del espacio; *civitas*, como el tejido social que habita y transforma dicho espacio; y *polis*, como el conjunto de normas y decisiones que lo regulan.¹

Desde esta perspectiva, la creación o modificación ciertos espacios urbanos no responde únicamente a decisiones técnicas o estéticas, sino que da cuenta de procesos sociales más complejos, particularmente en contextos de cambio o transición urbana y social. En este sentido, José Luis Romero planteó que, entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, América Latina experimentó el auge de las denominadas “ciudades burguesas”, concepto que explica una nueva forma de concebir y construir el espacio urbano

¹ Horacio Capel, “La definición de lo urbano”, *Estudios Geográficos*, n. 138-139 (1975): 287.

desde las élites mercantiles de la época. Las ciudades de rasgos aldeanos comenzaron entonces a transformarse para dar paso a formas más modernas de urbanización. Se expandió la infraestructura urbana, se trazaron avenidas, parques y alamedas, y se levantaron teatros y otros espacios destinados a nuevas formas de sociabilidad. Asimismo, surgieron barrios exclusivos en detrimento de espacios tradicionales, configurando paisajes urbanos en los que lo moderno comenzó a coexistir con aquello antiguo que progresivamente pasó a considerarse indeseable.²

Imagen 1-Bucaramanga en el contexto colombiano



Fuente: Néstor José Rueda Gómez y Jaime Álvarez Fuentes, “Estructura urbana de Bucaramanga 1901–1930” (tesis de licenciatura, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 1999).

² José Luis Romero, *Latinoamericana: las ciudades y las ideas* (Buenos Aires: Editorial Siglo XXI, 2001), 250-260.

Un periodo de transformación urbana se manifestó claramente en las ciudades en expansión durante esta etapa, como sucedió en Bucaramanga, Colombia.³ En particular, durante los primeros años del siglo XX, tuvo lugar una importante renovación de los lugares de esparcimiento que respondía al cambio que experimentaban las ciudades hacia el modelo de una *ciudad burguesa*. Germán Mejía argumenta que es crucial referirse a esta transformación como un proceso de transición, ya que facilita la comprensión del cambio urbano como un hecho histórico donde lo antiguo y lo nuevo coexisten, se desafían y se reconfiguran sin interrupciones totales. Así, *La ciudad burguesa*, influenciada por el capitalismo global y el surgimiento de nuevas élites comerciales, se convirtió en un espacio donde la urbanidad experimentaba transformaciones tanto físicas como sociales, aunque no de manera uniforme ni completa.⁴

La modernización de las ciudades, tomada de ejemplos europeos, coexistió con tradiciones y prácticas del pasado, que a menudo se intentaban

³ Bucaramanga, ubicada en el oriente de Colombia, se fundó en la época colonial como un “Pueblo de Indios” en el año de 1622, aprovechando su cercanía a ríos auríferos y a tierras de vocación agrícola. Con el declive de la población indígena y el interés de las élites, sus tierras pasaron a manos de hacendados durante el siglo XVIII. En el siglo XIX, la ciudad se consolidó como un centro comercial y agroindustrial gracias al auge del café, lo que atrajo a familias poderosas que diversificaron sus actividades hacia el tabaco, la banca, la construcción y el transporte. Su ubicación estratégica entre las zonas cafeteras y el río Magdalena, sumada a sus condiciones climáticas, la convirtió en un eje económico regional, superando a ciudades vecinas como Girón. Durante la primera mitad del siglo XX, Bucaramanga se afianzó como capital del departamento de Santander, consolidándose como un enclave regional y posicionándose como una ciudad intermedia dentro del sistema urbano colombiano, aunque con un crecimiento económico y urbano moderado, sustentado principalmente en el sector terciario más que en la industrialización. A diferencia de otras urbes transformadas por el ferrocarril o por grandes procesos industriales, su desarrollo fue gradual y estuvo guiado por una élite comercial. Este modelo generó una urbanización desigual, empleos precarios y una creciente presión demográfica derivada de la migración rural, lo que a su vez derivó en procesos de hacinamiento y en la insuficiencia de los servicios urbanos. En términos demográficos la ciudad pasó de 19753 habitantes en 1912 a 112252 en 1951. Armando Martínez Garnica *et al.*, *Historia básica de Bucaramanga: Cuatro siglos de un poblamiento, 1622–2022* (Bucaramanga: Ediciones UIS, 2022), *Censo de Población 1912, 1918, 1928, 1938 y 1951*, Departamento Administrativo Nacional de Estadística, acceso el 1 de noviembre de 2024, <http://biblioteca.dane.gov.co/biblioteca/categories/43>.

⁴ Germán Mejía, “El espacio y el tiempo. Un ensayo para estudiar la ciudad en clave de historia urbana”, en *Después de la heroica fase de exploración. La historiografía urbana en América Latina*, coord. por Gerardo Martínez y Germán Mejía (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2021), 109-119

modificar, olvidar o dejar de lado. Un ejemplo de esto es el cortometraje “Bucaramanga, la ciudad de los parques de 1952”, que presentaba una visión optimista de modernidad, enfocándose en infraestructuras y espacios para la élite, y ocultando las tensiones y exclusiones característicos de una ciudad en cambio.⁵

Para analizar estos periodos de transición y documentar la naturaleza de sus transformaciones, resulta esclarecedor el planteamiento de los *estratos temporales* desarrollado por Germán Mejía, el cual respalda la idea de que la ciudad no se transformó de manera abrupta, como sugería el cortometraje, sino mediante la incorporación de un nuevo ideal urbano sobre estructuras preexistentes. En este sentido, la noción de *ciudad burguesa* introdujo nuevas formas de habitar, construir y organizar el territorio, las cuales comenzaron a coexistir con estratos temporales anteriores.⁶

De ahí que cafés modernos compartieran espacio urbano con cantinas populares, mientras clubes exclusivos se erigían junto a antiguas casonas. Más que un cambio mecánico o lineal, se trató de una superposición de elementos, espacios y prácticas orientada a legitimar determinadas formas de habitar y de entretenimiento acordes con el ideal urbano dominante. Las élites locales, siguiendo el modelo descrito por José Luis Romero, utilizaron los espacios de ocio como instrumentos de distinción social, promoviendo valores asociados al orden, la higiene y el refinamiento. No obstante, muchos de estos proyectos no lograron imponerse plenamente, debido a que su apropiación social ocurrió, en numerosas ocasiones, al margen del ideal burgués y en función de las posibilidades y dinámicas propias de la población local.

En este escenario de capas temporales superpuestas, la lucha por la validez de ciertas prácticas y el fortalecimiento de un ideal burgués ciudad, se vuelve esencial establecer un diálogo entre diferentes áreas de la historiografía para definir con mayor claridad el enfoque desde el cual se realiza esta investigación. La variedad de estudios aquí mencionados no refleja una dispersión en los temas tratados, sino que busca situar la cuestión en un punto de intersección de debates historiográficos que han examinado la modernización urbana desde perspectivas complementarias. Desde las interpretaciones estructurales sobre la urbanización en América Latina—como las de Paul Bairoch, José Luis Romero y Germán Mejía—hasta los estudios sobre sociabilidad, control social y recreación realizados por autores como

⁵ Marco Tulio Lizarazo, “Bucaramanga la ciudad de los Parques, 1952”, video de Youtube, 10:00, publicado el 22 de agosto de 2019, https://www.youtube.com/watch?v=A9UPGak7ctg&t=118s&ab_channel=UISMemoria

⁶ Mejía, Germán, “El espacio y el tiempo”, 109-119.

Jorge Humberto Ruiz, Eduardo Kingman o Leandro Losada, la historiografía ha demostrado que no se puede entender la ciudad moderna únicamente a través de su faceta económica o morfológica.

Retomar estos diversos estudios permite conectar las discusiones sobre el ocio y la modernización urbana, la moralización del espacio y la ciudad burguesa en ciudades intermedias, integrando antecedentes colombianos y latinoamericanos para situar nuestra propia contribución dentro de un debate que ve el espacio urbano como un lugar de disputa simbólica, regulación social y creación de identidades.

Los estudios sobre la transformación urbana en América Latina han destacado el papel de la modernización como un proceso simultáneamente material, social y simbólico. Dentro de este campo, una línea de investigación relevante ha examinado el vínculo entre el ocio, las prácticas recreativas y la producción del espacio urbano, subrayando que los cambios en la estructura económica no solo transforman la morfología de las ciudades, sino también los usos legítimos del espacio y las formas de sociabilidad.⁷

Un primer debate se articula en torno a la relación entre ocio y modernización urbana. La historiografía ha mostrado que la consolidación de espacios de esparcimiento —como parques, clubes, teatros, cafés e instalaciones deportivas— fue interpretada como un indicador de progreso urbano y de la adopción de estilos de vida modernos.⁸ Estas investigaciones subrayan que el ocio no debe entenderse únicamente como una consecuencia del crecimiento económico, sino como un componente activo de la modernidad urbana, en tanto produce nuevas formas de interacción social, regula el tiempo no laboral y redefine la experiencia cotidiana de la ciudad.⁹ Desde esta perspectiva, el estudio del tiempo libre permite matizar las explicaciones estructurales de la urbanización, al mostrar cómo las prácticas culturales operan como mediaciones entre economía, política y vida social

Un segundo tema de discusión trata sobre la moralización en las áreas urbanas y la supervisión de las actividades recreativas. Varios estudios han

⁷ Silvia Arango, *Ciudad y arquitectura. Seis generaciones que construyeron la América Latina moderna* (México: Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2012); Mejía, *La aventura urbana...*, 2013.

⁸ Jorge Humberto Ruiz, *La política del sport: Élite y deporte en la construcción de la nación colombiana, 1903-1925* (Bogotá: La Carreta Editores/Pontificia Universidad Javeriana, 2010); David Quitián, “Deporte y modernidad: caso Colombia”, *Revista Colombiana de Sociología*, 36, no. 31 (2013).

⁹ Jorge Humberto Ruiz, “Las desesperantes horas de ocio: Tiempo y diversión en Bogotá (1849-1900)” (tesis doctoral, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-México, 2017); Mauricio Archila, “El uso del tiempo libre de los obreros 1910-1945”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, no. 18 (1990).

demostrado que el replanteamiento de los espacios destinados al ocio estuvo muy relacionado con iniciativas de reorganización social, limpieza y control del comportamiento de la población.¹⁰ En América Latina, la fomento de actividades vistas como "civilizadas" se dio al mismo tiempo que se regulaban conductas consideradas inmorales o poco productivas, lo que llevó a procesos de inclusión, exclusión y segregación en el espacio. En este sentido, el espacio urbano se ve como un terreno de confrontación donde elites, el gobierno y diversos grupos sociales establecen reglas de comportamiento, usos legítimos del espacio y maneras de interacción pública.

Un tercer tema importante está vinculado a la idea de la ciudad burguesa y su relevancia en el análisis de ciudades intermedias. La historiografía que aborda lo urbano, ha tendido a enfocarse en el estudio de grandes capitales latinoamericanas como ejemplos típicos de modernización, industrialización y vida urbana.¹¹ Sin embargo, investigaciones más recientes han destacado la importancia de analizar ciudades de tamaño intermedio para entender la variedad de ritmos, trayectorias y maneras de modernización urbana.¹² Estos análisis indican que, incluso en contextos con poca industrialización, las élites locales promovieron cambios en el espacio enfocados en la distinción social, la visibilidad del progreso y el control de la vida en la ciudad, creando configuraciones específicas de interacción social y desigualdad.

En el caso colombiano, los antecedentes historiográficos han explorado la relación entre urbanización, control social y cultura urbana mediante estudios sobre sociabilidad, higiene, disciplinamiento del tiempo libre y configuración de los espacios públicos modernos. Estas investigaciones han evidenciado cómo la reorganización del espacio urbano estuvo estrechamente vinculada con proyectos de orden moral y político, así como con la construcción

¹⁰ Eduardo Kingman, *La ciudad y los otros: Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía* (Quito: FLACSO Ecuador/ Universitat Rovira i Virgili, 2006); Adriana María Álzate Echeverri, *Suciedad y orden. Reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada, 1760-1810* (Bogotá: Universidad del Rosario/Universidad de Antioquia/ CANH, 2006); José Benito Garzón Montenegro, comp., *Creación de barrios obreros en Colombia a inicios del siglo XX: la higiene como excusa, la eugenesia como propósito, el control como finalidad* (Cali: Editorial Ucatólica, 2019).

¹¹ Leandro Losada, "Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: los clubes sociales de la élite porteña (1880-1930)", *Desarrollo Económico* 45, no. 180 (2006); Luis Fernando González Escobar, "Los cafés en la historia urbana de Medellín", *Revista Universidad de Antioquia*, no. 329 (2017); Diego Pulido, *¡A su salud! Sociabilidades, libaciones y prácticas populares en la ciudad de México a principios del siglo XX* (El Colegio de México, 2017).

¹² Cleber Dias, "O esporte e a cidade na historiografia brasileira: uma revisão crítica", *Revista Tempo* 19, no. 34 (2012).

de identidades urbanas y regionales.¹³ En diálogo con la historiografía latinoamericana, dichos trabajos han permitido comprender que los procesos de modernización urbana no siguieron trayectorias homogéneas, sino que respondieron a condiciones económicas, políticas y culturales específicas de cada ciudad.

En este contexto, el caso de Bucaramanga permite profundizar y problematizar estos debates al situar el análisis en una ciudad intermedia cuya transformación urbana no estuvo determinada por un proceso acelerado de industrialización, sino por la articulación entre el crecimiento económico regional, las iniciativas de las élites locales y la reconfiguración de las prácticas de ocio y esparcimiento. El estudio demuestra que dichas prácticas no constituyeron simples expresiones culturales derivadas del cambio urbano, sino factores activos en la redefinición de los usos del espacio, en la construcción de jerarquías sociales y en la producción de una imagen de modernidad urbana. De este modo, el caso analizado contribuye a explicar cómo, en contextos de modernización gradual y periférica, las prácticas recreativas operaron como mecanismos de estructuración simbólica y material de la ciudad, ampliando así la comprensión historiográfica de la modernidad urbana más allá de los grandes centros metropolitanos.

De esta manera, el objetivo de este artículo es explicar cómo, en el proceso de transición hacia una ciudad burguesa, las actividades recreativas y de ocio en Bucaramanga evidenciaron las formas, posibilidades y tensiones propias de dicha transformación. A medida que el ritmo de vida moderno, impulsado por el capitalismo, generaba nuevas necesidades de recreación, las élites locales aprovecharon espacios como cafés, clubes, cantinas, tabernas y prostíbulos para proyectar sus gustos y prácticas como modelos legítimos de vida social. En este sentido, el análisis propone, en un primer momento, un recorrido por la construcción y el uso de aquellos espacios de diversión ampliamente promovidos, como los cafés y clubes, para posteriormente examinar las prácticas recreativas que fueron resistidas, marginadas o desplazadas hacia los sectores periféricos de la ciudad.

La atención se centra en diversas fuentes históricas que permiten comprender cómo los espacios destinados a las actividades recreativas y

¹³ René Álvarez Orozco, “Bares, cantinas y zonas de tolerancia: control social y crecimiento urbano en Bucaramanga 1900-1950”, *Reflexión Política* 9, no. 17 (2007); Angie Rico Agudelo, *Las travesías del cine y los espectáculos públicos: Colombia en la transición del siglo diecinueve al veinte* (Bogotá: Cinemateca Distrital-Gerencia de Artes Audiovisuales/IDARTES, 2016); Sebastián Martínez Botero, “El imaginario civilista en los parques del centro de Bucaramanga” *Revista de Santander*, no. 4 (2009); Angie Rico Agudelo, *Teatro Santander: Renovación urbana y vida cotidiana en Bucaramanga* (Bucaramanga: Gobernación de Santander, 2011).

de ocio materializaron un determinado orden social mediante mecanismos de control, posibilidades materiales, disciplina y normatividades impuestas o aceptadas colectivamente. Para Eric Dunning y Norbert Elias, el ocio comprende un conjunto amplio y diverso de actividades realizadas en el tiempo no destinado al trabajo, que van desde el descanso hasta la formación personal; mientras tanto, las actividades recreativas, entendidas como un subconjunto más específico e intenso, privilegian el juego y el esparcimiento, generando dinámicas visibles en el espacio público y favoreciendo formas de encuentro colectivo.¹⁴ Desde esta perspectiva, las actividades recreativas de ocio funcionaron no solo como mecanismos de diferenciación social —tal como lo plantea Thorstein Veblen—, sino también como tecnologías sociales mediante las cuales se canalizaban emociones, se disciplinaban los cuerpos y se legitimaban determinados estilos de vida.¹⁵

Se trataba de un orden urbano concebido en ciudades moldeadas por el protagonismo de una élite cautivada por los valores y gustos burgueses, organizadas en función del ritmo de la jornada laboral y habitadas por una población creciente que, de acuerdo con sus posibilidades materiales, ocupaba distintos espacios al reunirse en momentos de distensión. Siguiendo el caso bogotano del siglo XX, Alberto Saldarriaga identifica un mecanismo fundamental en este proceso: la construcción de un imaginario colectivo. Según el autor, dicho imaginario era moldeado por los medios de comunicación y servía de apoyo a los poderes económicos y políticos con el propósito de ejercer diversas formas de control social sobre una población heterogénea, incrementada por la migración y carente de experiencia urbana. En palabras de Saldarriaga, el ciudadano promedio era constantemente expuesto a directrices que “le definen su horizonte de realidad y lo hacen partícipe involuntario de una masa condescendiente dispuesta a aceptar lo que se le presenta como correcto y su condición de vida como normal”.¹⁶

Para comprender estas dinámicas, el estudio se apoya en un conjunto diverso de fuentes históricas —prensa, fotografías, crónicas y archivos gubernamentales— con el propósito de reconstruir cómo la construcción y el uso de los espacios destinados a las actividades recreativas y de ocio reflejaron y, al mismo tiempo, moldearon las dinámicas sociales propias de un

¹⁴ Norbert Dunning, y Eric Dunning, *Deporte y Ocio en el Proceso de la Civilización* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1992), 121.

¹⁵ Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa* (Madrid: Alianza Editorial, 2013), 26-44; Adalberto Saldarriaga Roa, *Bogotá siglo XX: urbanismo, arquitectura y vida urbana* (Bogotá: Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 2000), 244.

¹⁶ Saldarriaga, *Bogotá siglo XX...*, 244.

periodo de transición. En este sentido, la investigación adopta una estrategia de triangulación entre prensa periódica, normativa urbana y documentación del archivo municipal, con el fin de reconstruir tanto los discursos que definieron las formas legítimas de ocio como los dispositivos institucionales que regularon su práctica y los efectos concretos de dichas regulaciones en la organización del espacio urbano.

La prensa es utilizada para identificar representaciones sociales, controversias públicas y procesos de estigmatización; la normativa urbana permite examinar la formalización jurídica de los mecanismos de control social y los criterios oficiales de ordenamiento; y el archivo municipal aporta evidencias administrativas relacionadas con la implementación de estas disposiciones y con la gestión cotidiana del espacio urbano. Esta triangulación metodológica busca compensar los sesgos inherentes a cada tipo de fuente: la prensa expresa perspectivas frecuentemente vinculadas con sectores letrados y puede sobrerrepresentar agendas morales; la normativa refleja el horizonte prescriptivo del poder público más que su cumplimiento efectivo; y la documentación administrativa, aunque más cercana a la práctica institucional, resulta fragmentaria y selectiva en su conservación.

El recorte temporal comprendido entre 1900 y 1950 responde a una periodización ajustada a los ritmos históricos propios de una ciudad intermedia, evitando explicar el cambio exclusivamente a partir de ciclos económicos o regímenes políticos, como suele ocurrir en parte de la historiografía urbana y en ciertos estudios del ocio inspirados en deporte y ocio en el proceso de la civilización. En el caso de Bucaramanga no existió un punto de inflexión industrial claramente definido; por el contrario, la transformación urbana derivó de la convergencia entre la estabilidad política de comienzos del siglo XX y el crecimiento agroindustrial y comercial, factores que hicieron visible un proyecto de orden urbano y nuevas prácticas recreativas. El inicio del periodo, entre 1900 y 1902, coincide con un momento de reorganización de los usos del espacio urbano, mientras que el cierre en la década de 1950 marca la consolidación de equipamientos y formas de sociabilidad que estructuraron la ciudad antes del nuevo ciclo asociado con la metropolización y la expansión urbana.

Estudiar una ciudad de la escala de Bucaramanga permite repensar diversos procesos históricos desde una perspectiva plural, que posibilita incorporar un mayor nivel de detalle al análisis del funcionamiento de las estructuras económicas, los conflictos sociales, las transformaciones materiales y la acción del Estado, evitando caer en caracterizaciones monolíticas carentes de perspectiva regional. En este sentido, abordar los procesos históricos urbanos desde una mirada amplia implica considerar las particularidades de

casos como el bumangués, que, aunque no corresponden a grandes capitales o centros económicos de primer orden, poseen singularidades que resultan relevantes para la construcción de visiones de síntesis sobre el fenómeno urbano, no solo en Colombia sino también en América Latina.

Como bien señala Diego Armus, la elaboración de este tipo de visiones de conjunto parece haber sido una empresa relativamente abandonada desde los tiempos de la obra *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* de José Luis Romero. En este sentido, la historiografía urbana contemporánea requiere reabrir la discusión sobre los grandes temas de la historia de la transformación de las ciudades, articulando distintas escalas de análisis y matizando los ritmos diversos de los procesos históricos.¹⁷

La ciudad y las actividades recreativas: cambio urbano y el ocio burgués

En el contexto urbano colombiano de finales del siglo XIX se desarrolló un conjunto de actividades de ocio permitidas y promovidas, así como otras diversiones mal vistas, aceptadas a regañadientes. Estas prácticas respondían no solo a la “necesidad universal” de ocupar el tiempo libre de los habitantes, sino también a la construcción de la imagen que se tenía de ellos y, simultáneamente, de la ciudad misma. La transformación de ciudades como Bogotá, Medellín, Cartagena, Cali, Barranquilla y Bucaramanga se hizo necesaria no solo por el aumento poblacional, que había sobrepasado la capacidad de las calles y las viviendas, sino también por el cambio en las expectativas de sus habitantes respecto de las formas de recreación. Este cambio de expectativas, semejante a lo que pasaba en todos los rincones de Latinoamérica, se concentró fundamentalmente, en un sector conformado por familias tradicionales y nuevas élites acaudaladas, en el caso colombiano, enriquecidas por el comercio o por bonanzas de productos como el café, la quina, el tabaco y los metales preciosos.¹⁸

En este punto resulta pertinente preguntarse qué tipo de grupos sociales en Bucaramanga encarnaban dicho perfil. Durante la primera mitad del siglo XX, se evidenció una alta desocupación laboral en amplios sectores de la población, producto de un escaso desarrollo fabril. Este panorama contrasta de manera significativa con la posición privilegiada de las familias vinculadas a la intensa actividad comercial que dinamizaba una economía esencialmente agroexportadora en el oriente del país. La ciudad funcionaba como punto de distribución del café producido en la región y, al mismo tiempo, como

¹⁷ En el prólogo de la obra Diego Armus reitera la importancia de ir reduciendo por medio de la discusión, la fragmentación que ha acompañado el estudio de la ciudad, Garzón, *Creación de barrio obreros...*, 11–15.

¹⁸ Rico, *Las travesías del cine...*, 26.

residencia de grandes hacendados como Eliseo Serrano, Jorge Ogliastri, Antonio Castro Wilches, David Puyana, los hermanos Reyes González, entre otros.

Estas familias vieron en la condición comercial de Bucaramanga una oportunidad para el desarrollo de sus negocios y para la apertura de una economía urbana emergente. De este modo, Bucaramanga se consolidó como núcleo de numerosas casas comerciales ubicadas en la denominada Calle del Comercio, dedicadas tanto a la compra y venta de mercancías para su distribución regional como a la exportación de café, tabaco y otros productos de menor escala, como los sombreros.¹⁹

De manera paralela, surgieron actores, familias y trabajadores vinculados al sector fabril que comenzaron a percibirse socialmente como distintos, a partir de su nueva y favorable posición económica en la ciudad. Durante las dos primeras décadas del siglo XX, las ganancias derivadas del café incentivaron la diversificación económica mediante la fundación de pequeñas industrias de bienes de consumo, que aprovecharon el estrecho mercado regional articulado por las redes comerciales en formación. Entre 1900 y 1920 se fundaron 22 empresas dedicadas a la industria de consumo, y en la década de 1920 se establecieron otras 35.²⁰ Este proceso permitió la consolidación de nuevos empresarios locales, entre ellos Emilio Gárnica, Víctor Alarcón, Enrique Otero D’Costa y Pedro Sepúlveda en la industria tabacalera; Christian Clausen e Hipólito Pinto en la industria de bebidas; y Alfonso Silva Silva en la producción de materiales de construcción y en el comercio automotriz, entre otros ejemplos.²¹

Puede afirmarse, en este sentido, la existencia de un grupo social interesado en reafirmar su posición privilegiada mediante la ostentación de un éxito que no se basaba únicamente en criterios hereditarios o selectivos, sino también en el esfuerzo individual y la capacidad de acumulación. Bajo esta lógica, el éxito y la riqueza se expresaban tanto en la adquisición de bienes de lujo como en el uso y la transformación de espacios urbanos destinados a las actividades de tiempo libre, especialmente aquellos de mayor visibilidad y carácter recreativo.

Siguiendo a José Luis Romero, esta lógica burguesa se reflejó en la forma en que se pensaron las ciudades latinoamericanas entre 1880 y 1930. La “ciudad burguesa”, en tanto sujeto histórico, no solo reorganiza la vida

¹⁹ Susana Valdivieso, *Bucaramanga. Historias de sesenta y cinco años* (Bucaramanga: Cámara de Comercio, 1992), 20.

²⁰ Carlos Espinosa, “*Negociantes en Bucaramanga 1902-1929*” (tesis de Maestría, Universidad Industrial de Santander, 2009), 160.

²¹ Valdivieso, *Bucaramanga. Historias...*, 30.

urbana, sino que también necesita hacer visible su prosperidad económica en la configuración de la vida cotidiana, del tiempo libre y de las prácticas recreativas, estableciendo así un criterio implícito para “medir” el grado de desarrollo y modernidad de una urbe a partir del nivel de sus actividades culturales y recreativas.²²

Este ideal estructuró las representaciones sobre la ciudad a partir del modo en que se construían y utilizaban los espacios urbanos con fines lúdicos, como lo evidencian expresiones tales como “una ciudad sin teatro no merece el nombre de tal” o “esas inspiraciones alcohólicas a deshoras no son permitidas en las ciudades cultas”.²³ Estas frases revelan una tensión entre, por un lado, las formas de recreación organizadas, socialmente promovidas y consideradas cultas, y por otro, aquellas diversiones improvisadas, clandestinas o tradicionalmente mal vistas.

A comienzos del siglo XX, y como resultado de la especialización del área urbana, los espacios destinados a la recreación en Bucaramanga incluían parques, expendios de alcohol (tiendas, chicherías y guaraperías) y clubes. Sin embargo, de manera no planificada, también lo eran las calles, edificios, viviendas, escuelas, lotes y, en general, cualquier escenario en el que la población dispusiera de los medios y la voluntad para el uso recreativo del tiempo libre.

Se configuraron así dos grandes tipos de actividades recreativas. Por un lado, aquellas consideradas *permitidas*, funcionales a la lógica burguesa y a los preceptos morales dominantes, como las reuniones sociales en clubes, la práctica de *sports*, los paseos en parques, las funciones teatrales y las retretas, entre otras. Por otro lado, emergieron las diversiones *mal vistas*, caracterizadas principalmente por dos aspectos: la transgresión del uso socialmente asignado a los espacios —como jugar en parques o en la vía pública— y su consideración como prácticas inmorales o incivilizadas, entre las que se incluían los juegos de azar, las peleas de gallos, el tejo y el consumo de alcohol de cierto tipo, en determinados contextos y espacios.

Esos eran los aspectos que moldeaban la noción del ocio en la ciudad y que, al mismo tiempo, contribuían a regular la representación de Bucaramanga como espacio urbano. En conjunto, estos elementos alimentaban una percepción de la ciudad como un lugar rezagado, incapaz de superar plenamente sus rasgos pueblerinos o aldeanos.

Un factor señalado por la historiadora Victoria Peralta para las décadas de 1930 y 1940, aunque posiblemente con antecedentes en periodos anteriores,

²² Romero, *Latinoamérica: las ciudades...*, 247.

²³ “La policía”, *Diario Unión Obrera*, 6 de abril de 1912: 3.

es la circulación de prensa capitalina en el territorio nacional, especialmente aquella que incorporaba un fuerte componente visual, como la Revista Cromos. En este tipo de publicaciones se advierte un propósito de jerarquización cultural de la ciudad de Bogotá en el contexto de una nación centralista, mediante estrategias como la comparación fotográfica de los lujosos edificios y avenidas bogotanas “con los arrabales de las ciudades provincianas”.²⁴

Estas circunstancias posiblemente ayudan a explicar la persistencia de una representación de Bucaramanga como una ciudad aburrida o atrasada, que no crecía al ritmo de otras urbes ni lograba transformarse internamente con la misma intensidad que otros territorios. Su homogeneidad arquitectónica parecía inmutable, y la renovación cultural nunca terminaba de consolidarse. Se trataba de una ciudad en la que los domingos no ofrecían mayores actividades y en la que las noches transcurrían con una lentitud desesperante, generando una sensación de monotonía que podía llegar a ser agobiante.

Sin embargo, algunos sectores lograron integrar estas condiciones adversas dentro de su lógica burguesa. La estrategia consistía en presentar su éxito como un mérito excepcional, dado que, a diferencia de otras ciudades donde la movilidad social y el éxito económico podían resultar más accesibles, no cualquiera podía alcanzar una posición destacada en una ciudad que se recuperaba de la Guerra de los Mil Días, que permanecía relativamente aislada de los principales circuitos productivos del país y que carecía incluso de infraestructura básica como alcantarillado o acueducto.²⁵ Esta narrativa sirvió, en muchas ocasiones, para legitimar la realización de diversiones burguesas en espacios concebidos como selectos y exclusivos, asociados a una supuesta alta cultura.

En la prensa local, los espacios destinados a las diversiones burguesas gozaban de la más alta reputación dentro del conjunto de actividades lúdicas permitidas en la ciudad, al tiempo que funcionaban como símbolos distintivos de la élite bumanguesa. El eje de estos espacios era el Club del Comercio, cuyo nombre hacía referencia directa a la actividad económica predominante de la élite local, y que retomaba la idea decimonónica de crear un espacio específico para la sociabilidad y la distinción social. Se tiene registro de su fundación en 1872; sin embargo, la institución experimentó sucesivas divisiones y refundaciones, así como múltiples cambios de sede —al menos

²⁴ Victoria Peralta, *Distinciones y exclusiones. En busca de cambios culturales en Bogotá durante las Repúblicas Liberales: Una historia cultural de Bogotá (1930-1946)* (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2013), 254.

²⁵ Liliana Rueda Cáceres, *En cuerpo y alma: casas bumanguesas 1778-1966* (Bucaramanga: Editorial UNAB, 2006), 68.

ocho—, instalándose en diversas casas de la élite local hasta la construcción de su sede definitiva en 1924, ubicada al oriente del Parque Santander.²⁶

Los selectos bailes realizados los fines de semana, preferentemente los domingos, eran descritos como eventos suntuosos y deslumbrantes, cuya elegancia y exhibición de refinamiento cultural contrastaban con la monotonía atribuida a la ciudad. Estas diversiones eran representadas como armónicas y carentes de conflicto, y contribuían a sostener una imagen idealizada de bienestar, sustentada en una posición de privilegio accesible solo a una minoría de la población. Dicho bienestar se expresaba en la estética de los jardines, la amplitud de los salones y corredores, la sobriedad de las conductas, la altura de las conversaciones, la calidad de la orquesta, la ornamentación de los espacios y, en general, en una sensación de satisfacción constante entre todos los invitados.²⁷

No obstante, la frecuencia de este tipo de eventos no era alta. Aunque su cobertura periodística era obligada, la revisión de la prensa de la época muestra que los bailes rara vez se realizaban más de dos veces al mes, e incluso es común encontrar meses sin registro alguno de estas actividades, cuyo propósito central era la legitimación simbólica de un sector social. Este hecho sugiere que la situación económica no siempre era suficientemente favorable para sostener de manera regular estas formas de sociabilidad elitista.

Más allá de los clubes sociales, también es relevante la presencia de clubes deportivos y su papel en la transformación de los espacios urbanos destinados a la práctica del deporte. La imagen número 1 muestra que estos espacios no se ubicaban en el prestigioso centro urbano, sino en grandes casas o “quintas” situadas en los límites de la ciudad, posiblemente debido a la disponibilidad de terrenos amplios para la práctica de los *sports*, considerados formas de recreación culta y distintiva, además de vinculadas a aspiraciones higienistas propias de las élites. Para las dos primeras décadas del siglo XX se registra la realización de algunos “matches” de fútbol masculino, aunque destaca especialmente la participación e interés femenino en “el tennis”.²⁸

Las otras diversiones permitidas en Bucaramanga correspondían a espacios concebidos con fines civilizadores y disciplinarios sobre el uso del tiempo libre de la mayoría de la población. Las retretas y los paseos en los parques Custodio García Rovira, Centenario y Santander durante los domingos, así como las funciones cinematográficas y teatrales en el Teatro Gárnica, respondían al ideal decimonónico de ofrecer formas modernas de

²⁶ Sergio Andrés Acosta Lozano, “Patrimonio arquitectónico del centro de Bucaramanga” (tesis de pregrado de licenciatura, Universidad Industrial de Santander, 2011), 100.

²⁷ “El baile del sábado”, *Diario El Liberal*, 12 de enero de 1912: 4.

²⁸ “Tennis Club”, *Diario Voz Liberal*, 22 de febrero de 1912: 3.

esparcimiento para el grueso de la ciudadanía.²⁹ No obstante, la vida cotidiana de la población reconfiguró estos espacios, otorgándoles usos no siempre acordes con su planificación original.³⁰ En definitiva, el uso efectivo de los espacios estuvo determinado por los azares de la vida cotidiana y, en nuestro particular interés, por prácticas recreativas improvisadas que irrumpían en los parques las rutinas establecidas.

Por ejemplo, es frecuente encontrar denuncias en contra de las diversiones infantiles y en los juegos practicados por los niños en los parques de la ciudad. El ruido y la algarabía de los niños rompían con la imagen de armonía asociada a estos espacios, y ciertos juegos, como aquellos que implicaban el uso de caucheras, eran prohibidos debido al daño que ocasionaban a los jardines, faroles, ornamentos y animales del espacio público.³¹

Otro espacio apropiado por la sociabilidad popular fueron los teatros, los cuales, al ser considerados una diversión “demasiado popular”, no gozaban de buena reputación. Los chiflidos, las bromas, las conversaciones ruidosas, las riñas y el consumo de alcohol durante las funciones distaban de las expectativas del público teatral ideal.³² Sin embargo, estas prácticas no eran exclusivas de los sectores populares: ya en 1912, en los primeros partidos de fútbol realizados en la ciudad, se registraban gritos, peleas y riñas que contradecían los ideales de “buena crianza” asociados a la élite practicante de este deporte.³³

En otras ocasiones, la espontaneidad de las prácticas recreativas transformaba cualquier espacio en escenario de conflicto. La vida juvenil en la calle, caracterizada como tumultuosa, conflictiva y escandalosa, no solo era vista como un obstáculo para la circulación urbana, sino también como una amenaza a la formación moral de los jóvenes de todos los estratos sociales. Las aguadas o puntos de distribución de agua se convertían, sin planificación, en espacios de socialización popular, y, ante la ausencia de un coliseo o circo

²⁹ “Vida bumanguesa”, *Diario La Mutualidad*, 15 de enero de 1910: 4.

³⁰ Oscar Iván Salazar Arenas, “Tiempo libre al aire libre. Prácticas sociales, espacio público y naturaleza en el Parque Nacional Enrique Olaya Herrera (1938-1948)”, *Historia Crítica*, no.33 (2007): 191.

³¹ “Flechas o Caucheras”, *Diario La Paz*, 12 de diciembre de 1908: 4.

³² “Es cierto que...”, *Diario La Paz*, 12 de diciembre de 1908: 4.

³³ “El Match”, *Diario Palabra Católica*, 15 de agosto de 1918: 8.

para espectáculos acrobáticos o taurinos, se adaptaban los llanos despoblados en las periferias urbanas.³⁴

Sin embargo, también existían diversiones mal vistas con espacios y rutinas relativamente establecidas, aunque aceptadas de manera renuente. Se trataba de ámbitos considerados “no sanos” o moralmente problemáticos, generalmente invisibilizados en los discursos oficiales sobre el ocio urbano. Desde el periodo colonial se había consolidado una condena moral y pública hacia las formas de esparcimiento asociadas al juego, el alcohol y la prostitución, la cual, hacia el siglo XX, se reconfiguró en discursos científicos y campañas estatales orientadas a identificar y erradicar los vicios, males y desórdenes que obstaculizaban el progreso nacional: el bochinche, la pereza, la violencia, el crimen, la debilidad moral y la irresponsabilidad laboral y familiar.

Del club social al club campestre

Al mismo tiempo que se construían refinados espacios habitacionales, surgieron nuevas prácticas y escenarios de sociabilidad, entre los cuales destacaron los clubes sociales como instituciones orientadas a organizar la vida urbana bajo ideales de civilidad y modernidad.³⁵ En su condición de recintos de ocio, estos clubes acompañaron y modelaron la transición hacia un incipiente orden burgués, materializando en el espacio urbano nuevas formas de jerarquización, exclusión y visibilidad de las élites locales.³⁶ A diferencia de los cafés, abiertos a formas de sociabilidad más flexibles, los clubes se caracterizaron por su selectividad y carácter privado. En este contexto, lo recreativo adquirió un fuerte peso simbólico, pues permitía delimitar quiénes pertenecían a la nueva clase dirigente y cuáles eran las prácticas legítimas de interacción social.

Como se mencionó previamente, en Bucaramanga este proceso comenzó con la fundación del Club de Soto en 1873, posteriormente rebautizado como Club del Comercio en 1891. Uno de sus fundadores, el comerciante Fabricio González, sostenía que la creación de este espacio respondía a la necesidad de contar con un lugar donde los empresarios pudieran reflexionar sobre el rumbo de la ciudad y su desarrollo económico. Sin embargo, más allá del debate público, el club también expresaba un deseo más profundo:

³⁴ Rico, *Teatro Santander...*, 11.

³⁵ David Quitián, “Deporte y modernidad: caso Colombia. Del deporte en sociedad a la despartidización de la sociedad”, *Revista Colombiana de Sociología* 36, no. 31 (2013): 25.

³⁶ Ruiz, *La política del sport...*, 62.

separar simbólicamente a la naciente élite comercial de los sectores populares y artesanales que habían dominado la vida urbana tradicional.³⁷

De este modo, el Club del Comercio se convirtió en uno de los principales escenarios de representación de dichas jerarquías sociales. En sus salones se celebraban cenas refinadas, bailes al ritmo de valsés europeos y banquetes acompañados de vinos de Oporto y Borgoña. A través de estos rituales, las élites bumanguesas —familias como los Ogliastri, Collazos, Serrano y Valenzuela— reafirmaban su posición social mediante la adopción de estilos de vida asociados a los cánones de la alta sociedad europea, en un esfuerzo deliberado por situar a Bucaramanga dentro de los imaginarios del progreso.³⁸

No obstante, el deseo de distinción no siempre estuvo respaldado por las posibilidades materiales. Una de las particularidades del caso bumangués radicó precisamente en las limitaciones existentes para implementar estos proyectos de acuerdo con los ideales propuestos, lo que evidencia un proceso de transición complejo, marcado por esfuerzos vacilantes pero profundamente transformadores. Durante sus primeros años, el Club del Comercio no constituyó un espacio estable ni plenamente consolidado; por el contrario, durante varias décadas funcionó en sedes provisionales y afrontó constantes dificultades financieras y administrativas.

Su consolidación definitiva no se produjo sino hasta la década de 1920, cuando la relativa bonanza económica permitió la construcción de una sede propia, al tiempo que se afianzaba una élite comercial cuya participación en este espacio queda reflejada en la tabla número 1. La inauguración del edificio republicano del Club del Comercio en 1924 no solo representó un hito arquitectónico —al ocupar una manzana completa y albergar eventos para más de doscientas personas—, sino también un punto de inflexión en las formas de autorrepresentación de las élites dentro del espacio urbano.³⁹

Con la consolidación del club como epicentro de la vida social formal, emergieron nuevos espacios que respondieron a la búsqueda de formas de sociabilidad diferentes por parte de otros círculos sociales, aunque igualmente elitistas. En este contexto, en 1927 se fundó el Club Unión, cuya principal novedad consistió en incorporar el deporte como práctica distintiva.⁴⁰

³⁷ Edmundo Gavassa, *Club del Comercio, Bucaramanga 1872-1986* (Bucaramanga: Editorial Salesiana, 1986), 15.

³⁸ Gavassa, *Club del comercio...*, 61.

³⁹ “Anuario Vanguardia Liberal, Bucaramanga, 1922”, Centro de Documentación e Investigación Histórico Regional de la Universidad Industrial de Santander, Archivo Histórico Regional de Santander (en adelante *AHRS*), Colección Hemerográfica.

⁴⁰ “Se fundó el Club Unión”, *Revista Club Unión*, 1 de julio de 1949: 3.

A medida que el centro de la ciudad experimentaba procesos de densificación y las actividades recreativas se popularizaban, ciertos sectores de la élite comenzaron a buscar nuevas formas de ocio que combinaran distinción y contacto con la naturaleza. De esta manera, el cuerpo, el aire libre y el deporte pasaron a formar parte del repertorio simbólico que definía una sociabilidad moderna y refinada.⁴¹

Esta tendencia culminó con la fundación del Club Campestre, concebido como un espacio de recreación familiar alejado del bullicio urbano, donde el descanso en contacto con la naturaleza se transformó en expresión de una vida ordenada, saludable y socialmente superior. Mientras el centro de la ciudad comenzaba a experimentar problemas de hacinamiento y expansión descontrolada, los clubes suburbanos surgieron como una alternativa basada en la amplitud, el confort y la exclusividad. Inspirados en experiencias de ciudades como Medellín y Bogotá, estos clubes ofrecían actividades como golf, polo, natación y bridge, deportes reservados para quienes podían costear no solo su práctica, sino también la membresía que garantizaba un acceso restringido.

Mientras el Club del Comercio continuó siendo el escenario privilegiado para eventos políticos, bodas y recepciones, el Club Campestre encarnó una nueva sensibilidad que vinculaba el progreso con el bienestar físico, la recreación selectiva y la desconexión respecto al centro urbano. Ambos clubes coexistieron, aunque representaban modelos distintos de ciudad y ciudadanía: uno apostaba por la visibilidad y la centralidad urbana; el otro, por el aislamiento placentero en las afueras, lejos de las tensiones derivadas del crecimiento de la ciudad.⁴²

Aun así, la fundación del Club Campestre tampoco fue un proceso sencillo. Su construcción se prolongó durante más de una década y solo logró consolidarse hacia mediados de los años treinta gracias a la intervención del empresario Alfonso Silva, quien contaba con amplias redes financieras.⁴³ En este sentido, los clubes no constituyeron simples respuestas al deseo de ocio, sino proyectos deliberados de reordenamiento social y urbano, en los que confluyeron capital económico, visión de clase y proyecciones de futuro. Familias como los Puyana, Ardila, Chedraui, Galvis y Silva encontraron en estos espacios no solo lugares de descanso y recreación, sino también escenarios simbólicos desde los cuales reafirmaban su posición dentro del imaginario urbano de la ciudad.

⁴¹ “Bucaramanga, una ciudad triste”, *Diario El Deber*, 15 de marzo de 1935: 6; Ricardo Olano, “Club Campestre”, *Tierra Nativa*, 28 de diciembre de 1929: 16.

⁴² “Del atardecer y del club”, *Revista Club Campestre*, 1 de julio de 1941: 14.

⁴³ “Vida del Club Campestre”, *Revista Club Campestre*, 1 de julio de 1941: 13.

Cafés, consumo y distinción

La aparición de los cafés —espacios bulliciosos donde diversas prácticas y experiencias se entremezclaban con el aroma y el consumo de distintas bebidas— constituyó un síntoma de transformación de la vida urbana. Son ampliamente conocidas las ideas de Maurice Agulhon sobre el emblemático caso francés del siglo XIX, cuando estos establecimientos se convirtieron en el núcleo de una nueva forma de sociabilidad moderna y democrática, capaz de desafiar el mundo cerrado de los salones aristocráticos. Ya no era necesario pertenecer a la nobleza para participar de una buena conversación, leer la prensa, jugar una partida o disfrutar de manifestaciones artísticas. Los cafés abrieron sus puertas a un público más diverso, ofreciendo una forma novedosa —e incluso revolucionaria— de encuentro e interacción social.⁴⁴

La expresión latinoamericana de esta experiencia supuso una reinención impulsada por las burguesías locales, deseosas de diferenciarse tanto de las élites rurales como de las clases populares y, especialmente, de romper con aquellos rasgos aldeanos y tradicionales de producir y habitar la ciudad. Como señala Romero, los cafés constituyeron uno de los escenarios en los que estas nuevas clases urbanas construyeron su identidad, buscando un estilo de vida acorde con sus aspiraciones y con su posición dentro de una sociedad en proceso de transformación.⁴⁵

La dinámica no fue distinta en Bucaramanga, donde la aparición de los cafés representó un elemento renovador y revelador del cambio urbano. Estos establecimientos reflejaban el deseo de las élites locales de desplazar las formas tradicionales de sociabilidad hacia espacios más públicos, reglamentados y visibles. Se trató, en efecto, de una forma de desanclar determinadas prácticas del ámbito doméstico o de las casas de quinta para trasladarlas al centro urbano, proyectando así una imagen de ciudad y ciudadanía asociada con los ideales de civilidad y modernidad.

Uno de los primeros registros de un café en Bucaramanga data de 1911, cuando el Café Inglés comenzó a publicitarse en la prensa local. Este establecimiento era presentado como un espacio de exhibición de privilegio, confort y distinción. Se promocionaban su pianola eléctrica, la mantelería de lujo y la existencia de áreas diferenciadas para familias, juegos y baile,

⁴⁴ Maurice Agulhon, *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*, (Madrid: Editorial Siglo XXI, 2009), 101.

⁴⁵ Romero, *Latinoamérica la ciudad...*, 282-285.

pues el Café Inglés intentó condensar en un solo recinto diversas formas de sociabilidad.⁴⁶ A diferencia de lo que ocurría en grandes capitales como Bogotá, donde los cafés tendían a especializarse según sus clientelas y funciones, en Bucaramanga la oferta solía concentrarse en un mismo espacio.⁴⁷

Las diferencias entre los cafés de Bucaramanga y los de otras ciudades pueden explicarse, en parte, por los limitados capitales de inversión existentes en la ciudad. La economía local dependía fundamentalmente de las grandes casas comerciales, y la aparición de nuevos negocios, como los cafés, respondía a estrategias de diversificación económica de las familias adineradas que controlaban el comercio. Un ejemplo de ello fue Alfonso Silva, quien apoyó a su hijo Rogerio en la fundación del Café Inglés. Según Carlos Espinosa, los empresarios bumanguenses de comienzos del siglo XX privilegiaban inversiones de bajo riesgo y ganancias relativamente seguras, lo que favoreció la creación de establecimientos comerciales, fábricas y compañías guiadas por esta lógica pragmática. Tal racionalidad también se reflejó en los cafés, que ofrecían múltiples servicios en un solo espacio con el propósito de satisfacer una creciente demanda de ocio y distinción social.⁴⁸

De esta manera, los primeros cafés bumanguenses —como el Inglés, el España, el Centenario o el Central— funcionaron como nodos de experimentación en los que se ensayaron nuevas formas de consumo, espectáculo y representación de clase. Las innovaciones tecnológicas —cafeteras a vapor, sistemas de refrigeración y música grabada—, junto con el fomento de prácticas como el boxeo o las veladas artísticas, así como la exclusión selectiva de elementos considerados impropios —bebidas fermentadas y prostitución abierta—, buscaron delimitar un nuevo código de civilidad asociado al tiempo libre.⁴⁹

⁴⁶ José Joaquín García, *Crónicas de Bucaramanga*, (Bucaramanga: Fundación El Libro Total, 1894), edición en línea; “Café Inglés”, *Diario Lucha y defensa*, 14 de octubre de 1911: 11, “Anuario Vanguardia Liberal año de 1922”, *AHRS*, Colección Hemerográfica.

⁴⁷ Luis Fernando González Escobar, “Los cafés en la historia urbana de Medellín”, *Revista Universidad De Antioquia*, 329 (2017): 84.

⁴⁸ Carlos Espinosa, “Negociantes en Bucaramanga 1902-1929”, (tesis de Maestría, Universidad Industrial de Santander, 2009), 160; Carol Vanessa López, “Bogotá, una ciudad entre cafés y chicherías”, (tesis de pregrado de Licenciatura, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2014), 86-88.

⁴⁹ “En el Café Inglés”, *Diario Vanguardia liberal*, 27 de abril de 1928: 3; Mary Díaz, *Biografía de Don Vicente Díaz Romero*, https://issuu.com/mauricio.carreno.diaz/docs/a_rbol_genealogico_vicente_di_az_romero-fusionado_?fbclid=IwAR1DU1xPjXdzPnNxmbIBo0vzetkV17oS8OigMkTPA7cemlUuQWIYamQmfrR8

No obstante, la revisión hemerográfica evidencia la presencia intermitente de escándalos relacionados con peleas, apuestas y otras tensiones morales denunciadas por la prensa o tramitadas judicialmente. En consecuencia, estos espacios no lograron imponer plenamente una sociabilidad idealizada, sino que también se constituyeron en escenarios de fricción y de prácticas consideradas incompatibles con el ideal de civilidad promovido por las élites urbanas.

Los espacios destinados al ocio poseían, por tanto, una condición ambivalente: mientras buscaban promover el ideal burgués de comportamiento, las prácticas desarrolladas en su interior debían ser constantemente vigiladas para evitar la transgresión de dicho modelo. En los cafés de la ciudad, por ejemplo, se promovió la exclusión de bebidas fermentadas asociadas con la inmoralidad, privilegiándose en su lugar destilados como el whiskey y la cerveza, considerados más refinados. Asimismo, aunque existieron reportes sobre la presencia de prostitución,⁵⁰ estos establecimientos procuraban proyectar una imagen de serenidad y cultura, en la que la música y el arte ocupaban un lugar central.⁵¹

Con el paso del tiempo se observa una transición en la que los cafés de la ciudad evolucionaron hacia espacios de sociabilidad predominantemente masculina, centrados en las tertulias y los juegos de azar, aunque estos últimos generaron constantes controversias y escándalos públicos.⁵² Paralelamente, la innovación tecnológica adquirió una importancia creciente en la configuración de estos espacios. La incorporación de cafeteras a vapor, refrigeradores y otros dispositivos modernos respondía al gusto refinado de una clientela interesada en experiencias exclusivas. Tales avances se integraban al ambiente como expresión del ideal modernizador de la época, en el que el confort, la sofisticación y la novedad constituían valores fundamentales.⁵³

En este punto resulta pertinente plantear un interrogante acerca de la manera en que estas distinciones materiales y simbólicas se articulaban con los distintos sectores sociales. Son conocidos los planteamientos de Sara Luna, quien asocia determinadas formas de esparcimiento con la configuración de identidades de clase, particularmente con el surgimiento de una clase media emergente que, mediante gustos y prácticas específicas, establecía diferencias

⁵⁰ Piedad Lucía Otero, “Sexo venal y mujeres tarifadas: Bucaramanga 1940-1960” (tesis de Licenciatura, Universidad Industrial de Santander, 2017), 82.

⁵¹ Pío Baroja, “La música como calmante”, *Tierra Nativa*, 25 de enero de 1925: 8.

⁵² “Reapertura de Juegos Permitidos en el Café Central”, *Diario El Deber*, 24 de enero de 1933: 3.

⁵³ “Lotería en el Café Central”, *Diario Vanguardia Liberal*, 13 de enero de 1934: 13.

tanto respecto de las élites como de los sectores populares.⁵⁴ Sin embargo, en el caso de Bucaramanga durante la primera mitad del siglo XX no se advierte una segmentación tan precisa en torno a espacios de sociabilidad como los cafés. Más bien, la construcción discursiva alrededor de estos establecimientos tendió a reducirse a una dicotomía entre una sociedad “decente, culta y educada” y otra percibida como “popular, decadente y anclada en el pasado”. Aunque la primera categoría hacía referencia a los asistentes de estos establecimientos, dentro de este mismo grupo persistían importantes diferencias económicas que condicionaban el acceso a determinados espacios y prácticas de sociabilidad. Por un lado, los cafés eran frecuentados por personalidades influyentes de la economía local, como Víctor Alarcón, Víctor Ogliastri, José Trillos, David Martínez Collazos, Antonio Mantilla, Pedro Galvis y Emilio Garnica.⁵⁵ Estos individuos, propietarios de bancos, casas comerciales, fábricas de cigarrillos y alimentos, así como de haciendas, no solo controlaban sectores estratégicos de la economía regional, sino que también ejercían una importante influencia sobre la política y el rumbo de la ciudad.

Por otro lado, estos establecimientos también acogían a profesionales, especialistas y pequeños comerciantes con menor influencia social, como Rafael Ucros y Miguel Ángel Cuéllar. Aunque la prensa local comenzaba a asociar dichas ocupaciones con una incipiente clase media, los testimonios de la época no evidencian un interés explícito por asumirse o identificarse como parte de este sector social.⁵⁶ La sociabilidad en los cafés parecía sustentarse, más bien, en la cercanía con los grupos económicamente dominantes, con quienes estos individuos compartían espacios, prácticas y aspiraciones. De esta manera, se establecía una distancia simbólica respecto de los sectores de menores ingresos y de aquellas prácticas consideradas atrasadas o anacrónicas. La instalación y sostenibilidad de estos establecimientos requería inversiones considerables, lo que explica que sus propietarios, como Rogerio Silva y Jesús Trillos, fueran comerciantes con un amplio conocimiento del mercado local. Ambos comprendían la función central que los cafés desempeñaban en la vida social y comercial de Bucaramanga, una ciudad de dimensiones reducidas y trayectos cortos, donde buena parte de la interacción cotidiana transitaba necesariamente por estos espacios.⁵⁷ Los cafés no solo constituían puntos de encuentro para tertulias, sino también

⁵⁴ Sara Luna, “Públicos teatrales en la Ciudad de México: apuntes en torno al gusto, la cultura y las clases medias”, *Revista Oficio*, 10 (2020): 96.

⁵⁵ “Notas sociales”, *Diario Vanguardia Liberal*, 23 de abril de 1922: 3.

⁵⁶ “Café Central”, *Diario El Deber*, 8 de abril de 1933: 6.

⁵⁷ Cámara de Comercio de Bucaramanga, *100 años creciendo en la región* (Bucaramanga: Editorial Cámara de Comercio, 2015), 47.

espacios de interacción espontánea entre transeúntes, quienes encontraban en sus mesas un lugar propicio para la conversación y el esparcimiento.

Además, la casi exclusiva oferta de entretenimiento proporcionada por estos establecimientos —tras la reubicación de las cantinas hacia las periferias urbanas— consolidó su centralidad en la vida cotidiana de la ciudad. Su presencia se concentraba entre las calles carrera sexta y dieciséis y entre la segunda y décima, de acuerdo con la nomenclatura de la época. La ubicación estratégica de los cafés en el centro de Bucaramanga, próximos a bancos, oficinas, almacenes, edificios administrativos y fábricas, garantizaba su papel como epicentros de sociabilidad y de negocios.⁵⁸

En este contexto, los propietarios de estos espacios eran plenamente conscientes del capital económico y social de su clientela, lo que les permitía utilizar los cafés como plataformas de promoción y movilización social. Un ejemplo significativo fue el festival de caridad organizado en agosto de 1935, cuyo propósito consistía en reivindicar la imagen pública de estos establecimientos, presentándolos no como espacios asociados al riesgo moral, sino como centros de encuentro desde los cuales podían impulsarse iniciativas de progreso y mejoramiento social.⁵⁹

Acciones de este tipo evidencian cómo los cafés se insertaban dentro de un discurso de progreso moral, económico y social promovido por las élites urbanas. Desde allí, el ocio era regulado, estetizado y politizado como una herramienta más en el propósito de convertir a Bucaramanga en una ciudad considerada “digna” del ideal de progreso burgués.

Cantinas y prostíbulos: una periferia indeseable

Conforme surgieron nuevos espacios destinados a prácticas recreativas, también se desplazaron aquellas consideradas inadecuadas para el nuevo orden social emergente. Después de todo, el imaginario burgués de ciudad se construyó a partir de una operación moralizante: hacer visible lo deseable y ocultar lo indeseable, como lo sintetiza Germán Mejía. Al igual que ocurrió con la célebre “haussmannización” en Francia, las ciudades latinoamericanas adoptaron modelos de transformación urbana orientados tanto al embellecimiento como al control social.⁶⁰ El objetivo era claro: configurar espacios ordenados, higiénicos y seguros, apropiados para la vida

⁵⁸ Directorio telefónico de Bucaramanga, 1930, AHRs, Colección Hemerográfica.

⁵⁹ “Festival de gala en los Cafés Central, El Centenario e Inglés”, *Diario El Deber*, 7 de agosto de 1935: 7.

⁶⁰ Germán Mejía, *La aventura urbana en América Latina* (Madrid: Fundación Mapfre / Taurus, 2013), 261.

respetable de la burguesía, mientras se relegaba a los márgenes todo aquello considerado indecoroso —la prostitución, las borracheras en las cantinas y otras supuestas “amenazas” al orden público—. ⁶¹

Bucaramanga no fue la excepción. Especialmente a partir de la legislación expedida durante la década de 1920, ⁶² las autoridades emprendieron una verdadera cruzada moralizadora con el propósito de “limpiar” el centro de la ciudad, desplazando guarapearías y chicherías hacia barrios periféricos como La Guacamaya y La Concordia. ⁶³ Sin embargo, pese a los discursos moralistas, las campañas higienistas y los intentos estatales por marginar o erradicar las cantinas del paisaje urbano, estos espacios persistieron debido a una combinación de factores.

Por un lado, su accesibilidad económica y la facilidad con la que las viviendas podían adaptarse como lugares de expendio las convirtieron en una fuente de sustento para sectores populares con escaso capital. Por otro lado, el propio Estado asumía una posición contradictoria: aunque promovía una ciudad moderna y ordenada, dependía fiscalmente de los impuestos derivados de la venta de alcohol y del funcionamiento de esta clase de establecimientos, lo que dificultaba cualquier intento de prohibición definitiva. Además, las cantinas cumplían funciones sociales que los espacios considerados “civilizados” difícilmente lograban suplir. Eran lugares de encuentro, sociabilidad y esparcimiento para una población diversa en términos de clase, oficio y procedencia, que encontraba allí una forma menos regulada de habitar la ciudad. Incluso su desplazamiento hacia las periferias no significó su desaparición, sino más bien su adaptación a nuevas condiciones de control y vigilancia. ⁶⁴

Es cierto que la violencia en las cantinas era frecuente, y que muchas riñas terminaban en agresiones físicas o incluso homicidios, reforzando así la percepción negativa sobre estos espacios. No obstante, dicha percepción

⁶¹ Alain Corbin, “Sexualidad comercial en Francia durante el siglo XIX: un sistema de imágenes y regulaciones”, *Repl'esentations* 14 (1986): 20.

⁶² “Ordenanza número 79 del 9 de mayo de 1921, Asamblea departamental de Santander”, *Gaceta de Santander*, 11 de marzo de 1921, 360, *AHRS*, Colección Hemerográfica.

⁶³ “Vuelve el guarapo”, *Diario Vanguardia Liberal*, 2 de febrero de 1928: 4.

⁶⁴ Freddy Alexander Sierra Garzón, “Aguardiente de caña: consumo e intervención estatal en Santander, 1923–1953”, (tesis de maestría, Universidad Industrial de Santander, 2013), 144; Jairo Antonio Melo Flórez, “El homicidio en la provincia de Soto, 1903–1930” (tesis de licenciatura, Universidad Industrial de Santander, 2009), 109–110.

constituía también la expresión local de un discurso reduccionista que buscaba simplificar la complejidad de los desórdenes sociales atribuyéndolos a un único gran culpable: las prácticas asociadas a los espacios tradicionales de esparcimiento. Esta interpretación desconocía la multiplicidad de factores que, en distintos niveles, favorecían los tumultos, pleitos y diversas formas de conflictividad social, entre ellos las tensiones sociales, la desigualdad económica, los conflictos de honor, los chismes y las burlas, por mencionar algunos.⁶⁵

Si bien esta retórica terminó por relegar estas diversiones a los rincones más oscuros y clandestinos de la ciudad, difícilmente logró apartar a los habitantes de tales entretenimientos, cuya persistencia continuó registrándose en la prensa local.⁶⁶ Con el paso del tiempo, además, no solo las élites impugnaron estos espacios. En barrios como La Concordia, la propia comunidad residente comenzó a reclamar una transformación del entorno. A partir de 1935, en un contexto marcado por el crecimiento poblacional y la reorganización laboral, surgieron iniciativas colectivas orientadas al mejoramiento barrial: se organizaron bazares, se construyeron banquetas y se exigió la ampliación de servicios públicos. El caso más emblemático fue la reacción frente a la tragedia ocurrida en la cantina La Cascada, hecho que dio origen a una campaña cívica para exigir su cierre y a una petición respaldada por más de 250 vecinos.⁶⁷

La ciudad no solo experimentaba un proceso de expansión física, sino también una reinención de las formas de habitarla. Así lo evidencia la lucha por la “moralización del barrio”, entendida como una forma de reclamar inclusión dentro del proyecto urbano moderno y de exigir para los sectores periféricos las mismas condiciones de urbanidad disfrutadas por las zonas centrales. Sin embargo, resulta significativo que el propio centro urbano también experimentara tensiones similares. La presencia de prostitutas en calles como la Quinta generaba incomodidad entre las familias residentes y alimentaba una inquietud moral que desdibujaba las fronteras entre el centro “decente” y la periferia “desordenada”.

⁶⁵ Andrés David Pimiento Ríos, “A fuego cruzado: Homogenización, conflictos sociales, violencia y homogenización política en Barichara y Villanueva, Santander, 1946–195” (tesis de licenciatura, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2019), 235.

⁶⁶ “Guarapearos y navajazos”, *Diario Vanguardia Liberal*, 14 de mayo de 1927: 4.

⁶⁷ “Actas del Concejo Municipal de Bucaramanga, memorando de vecinos del barrio La Concordia, 10 de noviembre de 1935”, Archivo del Concejo Municipal de Bucaramanga (en adelante ACMB), Fondo Concejo Municipal, Serie Actas.

En este escenario, a partir de 1924 comenzaron a implementarse políticas más restrictivas contra la prostitución, obligando a las trabajadoras sexuales a trasladarse hacia sectores periféricos e identificarse mediante bombillos verdes instalados en sus viviendas.⁶⁸ Estas medidas buscaban reafirmar el control simbólico sobre el centro urbano y preservar su imagen como espacio de honor y civilidad. No resulta casual, entonces, que las zonas delimitadas para la prostitución coincidieran con áreas de expansión de las cantinas en La Concordia, mientras que los sectores habitados por las élites concentraban residencias, oficinas, bancos y clubes sociales.

Con la expansión urbana de Bucaramanga y el desplazamiento progresivo de las élites hacia el oriente de la ciudad, este orden espacial comenzó a fragmentarse. La creación del Club Campestre, del aeródromo, de nuevos barrios residenciales y de espacios universitarios en la periferia implicó una relocalización del prestigio y una transformación del tradicional esquema urbano centralista. Paralelamente, en barrios como La Concordia empezaron a consolidarse nuevas centralidades barriales organizadas en torno a mercados, plazas y espacios de vida colectiva.⁶⁹

La situación alcanzó uno de sus puntos más críticos con las campañas emprendidas contra las casas de lenocinio, objeto constante de memorandos y protestas vecinales en sectores como La Guacamaya. A pesar de las medidas restrictivas, la prostitución clandestina persistió, ocultándose en tiendas, hoteles e incluso en la casa de mercado, lo que evidenciaba los límites del control estatal sobre prácticas que escapaban a la lógica de la regulación formal.⁷⁰

El intento más ambicioso de control moral y espacial fue la creación de la zona de tolerancia en 1945, inspirada en el modelo higienista francés del siglo XIX. Mediante el traslado de las actividades sexuales a un sector específico de la ciudad —la calle 61— se pretendía centralizar, vigilar y regular aquello que no podía erradicarse por completo. Las cantinas ubicadas en esta zona se transformaron en casas de lenocinio con fachadas de bares o restaurantes y, aunque las autoridades lograron cierto grado de contención, la clandestinidad y la movilidad de estos circuitos urbanos impidieron ejercer un control absoluto sobre dichas prácticas.⁷¹

⁶⁸ “Fámulas, mujeres públicas y policía”, *Diario El Deber*, 12 de febrero de 1931, *AHRS*, Colección Hemeroteca; Otero, “Sexo venal”, 68.

⁶⁹ “Otra trifulca en la casa de mercado La Concordia”, *Diario El Deber*, 8 de julio de 1939: 4.

⁷⁰ René Álvarez Orozco, “Bares, cantinas y zonas de tolerancia: control social y crecimiento urbano en Bucaramanga 1900–1950”, *Reflexión Política* 9, no. 17 (2007): 146.

⁷¹ “En Campo Hermoso”, *Diario El Deber*, 23 de marzo de 1944: 6.

Regulación y estigmatización del ocio: prácticas. argumentos y efectos especiales

El proceso de modernización urbana en Bucaramanga no solo implicó la promoción de nuevas prácticas recreativas consideradas legítimas, sino también la delimitación de un conjunto de actividades señaladas como indeseables, peligrosas o incompatibles con el ideal de ciudad moderna. La regulación del ocio operó simultáneamente como estrategia de ordenamiento social y como mecanismo de producción espacial, estableciendo jerarquías entre prácticas aceptadas y prácticas prohibidas.⁷² En este sentido, la moralización del tiempo libre constituyó un componente estructural del tránsito hacia una ciudad burguesa, en la medida en que definió quién podía ocupar el espacio urbano, de qué manera debía hacerlo y en qué lugares resultaba legítimo el esparcimiento.

Las fuentes permiten identificar un conjunto recurrente de prácticas que fueron objeto de vigilancia, regulación o desplazamiento espacial, entre ellas el consumo de alcohol en espacios no autorizados, las cantinas populares, los juegos de azar informales, la prostitución fuera de zonas delimitadas, el vagabundeo y determinadas formas de sociabilidad callejera asociadas a sectores populares. Estas actividades no fueron rechazadas únicamente por su contenido moral, sino también por su capacidad de producir formas de reunión colectiva consideradas desordenadas, improductivas o incompatibles con el ideal de urbanidad promovido por las élites locales. El señalamiento de estas prácticas se articuló con una redefinición del ocio legítimo que privilegió espacios regulados como parques, clubes, cafés selectos, teatros y escenarios deportivos.⁷³ De este modo, el problema no radicó en la existencia del tiempo libre, sino en las formas en que este se practicaba y en los sujetos que lo

⁷² “Los vagos”, *Diario La Paz*, 2 de enero de 1909. “La policía”, *Unión Obrera*, 6 de abril de 1912. “Es un inhumano.” *Unión Obrera*, 19 de agosto de 1911; “Decreto 34 de 1923”, *ACMB*, Fondo Alcaldía Municipal, Serie Decretos; “Decreto 58 de 1923”, *ACMB*, Fondo Alcaldía Municipal, Serie Decretos; “Ordenanza..., Santander”, *Gaceta de Santander*, 11 de marzo de 1921, 360, *AHRS*, Colección Hemerográfica.

⁷³ “Efectos del guarapo”, *Vanguardia Liberal*, 16 de diciembre de 1925; “Flechas o Caucheras”, *La Paz*, 12 de diciembre de 1908; “Notas de policía”, *Adelante*, 13 de septiembre de 1913; “Potreros y arrabales”, *Vanguardia Liberal*, 12 de septiembre de 1922; “Decreto 65 de 1923”, *ACMB*, Fondo Alcaldía Municipal, Serie Decretos; Freddy Alexander Sierra Garzón, “Aguardiente de caña: consumo e intervención estatal en Santander (1923–1953)” (tesis de maestría, Universidad Industrial de Santander, 2013).

protagonizaban. El tránsito hacia nuevas formas de recreación implicó, por tanto, una clasificación social del ocio que distinguía entre prácticas civilizadas y prácticas consideradas degradadas.

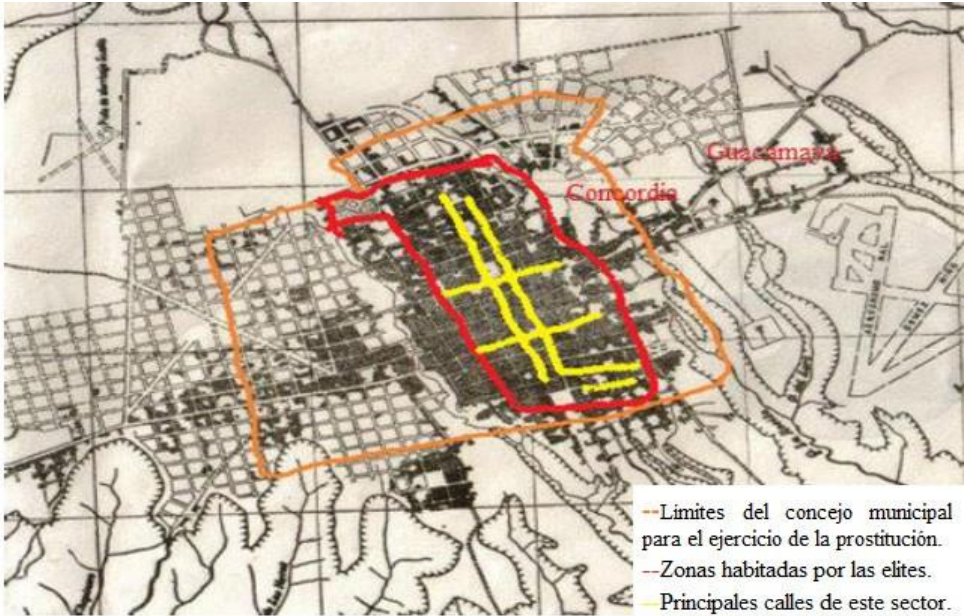
La regulación del ocio se justificó mediante un repertorio discursivo que combinó argumentos higiénicos, morales, productivos y políticos. Desde una perspectiva higienista, las prácticas populares fueron asociadas con la insalubridad, el desorden y la amenaza al bienestar colectivo. Desde una perspectiva moral, se las vinculó con la ociosidad improductiva, la criminalidad potencial y la degradación de las costumbres urbanas.⁷⁴ Finalmente, desde una perspectiva política, estas prácticas fueron interpretadas como obstáculos para la formación de una ciudadanía disciplinada, ordenada y funcional a la nueva estructura económica urbana. Estos argumentos no operaron de manera aislada, sino como parte de un proyecto más amplio de reorganización social orientado a redefinir el comportamiento urbano de la población.

La estigmatización de determinadas prácticas recreativas produjo efectos espaciales concretos en la configuración urbana. En primer lugar, contribuyó a la especialización funcional del espacio al concentrar ciertas actividades en zonas específicas, particularmente en áreas periféricas o de tolerancia. En segundo lugar, reforzó procesos de diferenciación social del territorio al establecer espacios de recreación asociados a la respetabilidad y otros vinculados a la marginalidad. En tercer lugar, promovió el desplazamiento progresivo de prácticas consideradas problemáticas hacia sectores menos visibles o poco valorizados de la ciudad.⁷⁵

⁷⁴ “Educación física”, *Lucha y defensa*, 21 de octubre de 1911; “Ley 46 de 1918”, Congreso de la República de Colombia; “Ley 80 de 1925”, Congreso de la República de Colombia; Adriana María Álzate, *Suciedad y orden...*,

⁷⁵ “Acuerdo No. 20 de 1927”, ACMB, Fondo Alcaldía Municipal, Serie Acuerdos; “Campos deportivos”, *Vanguardia Liberal*, 22 de septiembre de 1922; “Tennis Club”, *Voz Liberal*, 22 de febrero de 1912; “Defensa y elogio de los Parques”, *La Paz*, 12 de diciembre de 1908; “Apología al Parque”, *Vanguardia Liberal*, 1 de enero de 1936.

Mapa número 1- Límites al ejercicio de la prostitución y zonas habitadas por la élite de la ciudad en 1936



Fuente: Mapa elaborado con base en el plano de la ciudad de la EDUB en 1936 proyectando información obtenida del *Directorio telefónico de Bucaramanga*, 1930; *AHRS*, Colección Hemerográfica; Otero, “Sexo vena”, 68, y de Néstor José Rueda Gómez y Jaime Álvarez Fuentes, “*Estructura urbana de Bucaramanga 1901–1930*” (tesis de pregrado de licenciatura, Universidad Industrial de Santander, 1999).

La regulación y estigmatización del ocio constituye una dimensión central del tránsito hacia la ciudad burguesa en Bucaramanga. Al establecer jerarquías entre prácticas legítimas e ilegítimas, este proceso contribuyó a consolidar un orden urbano basado en la distinción social, la disciplina del comportamiento y la racionalización del uso del espacio.⁷⁶ La ciudad burguesa no se definió únicamente por la transformación de sus infraestructuras o por el crecimiento económico, sino también por la institucionalización de un régimen de visibilidad que separó lo respetable de lo marginal y organizó espacialmente dicha distinción. En este sentido, el análisis del caso bumangués permite

⁷⁶ “Vida Bumanguesa”, *La Mutualidad*, 1910; “Moda”, *El Obrero Moderno*, 1912; “Una fiesta de caridad”, *El Obrero Moderno*, 1912; “Cine”, *Palabra Católica*, 1919.

matizar interpretaciones que asocian la moralización urbana exclusivamente con procesos de industrialización acelerada o con la acción centralizada del Estado.

Conclusiones

Al terminar la primera mitad del siglo XX, la ciudad de Bucaramanga había atravesado un amplio proceso de renovación urbana cuya expresión más notoria, quizás, fue el crecimiento en extensión y población. Sin embargo, con la misma intensidad con la que la mancha urbana se expandió por toda la meseta que lleva su nombre y la población aumentó casi seis veces, también se transformaron profundamente las formas en que sus habitantes comenzaron a imaginar, habitar, organizar y construir la ciudad. En ese tránsito hacia una Bucaramanga moderna, los espacios de ocio jugaron un papel clave como dispositivos para moldear comportamientos urbanos y visibilizar diferencias sociales.

Es probable que dicho proceso de renovación no haya alcanzado el alcance esperado por muchos actores contemporáneos y que la ambivalencia haya caracterizado el uso y la percepción de los espacios de ocio. No obstante, no puede menospreciarse el impacto que tuvo tanto en la vida de los bumanguenses de la primera mitad del siglo XX como en las bases de la ciudad actual. Para los habitantes, el uso del tiempo libre comenzó a articularse con un fenómeno fundamental de esta nueva vida urbana: la construcción de identidades proyectadas hacia el otro. Este proceso no solo se expresó en la creación de nuevos espacios y la regulación de los existentes, sino también en la definición de prácticas sociales consideradas legítimas para desarrollarse en ellos. Las actividades de ocio idealizadas para ocupar el tiempo libre de los bumanguenses contribuyeron a generar cohesión e identidad en torno a valores como la higiene, lo culto, lo moderno y la productividad. Todo aquello que no se ajustaba a estos parámetros comenzó a deslegitimarse durante este período de transición. Se esperaba que, al situar las nuevas formas de entretenimiento en el centro de la vida pública urbana, en los lugares más concurridos y bajo la aceptación y el patrocinio de la prensa, se desplazaran prácticas e imaginarios del pasado catalogados como incultos. Sin embargo, aunque este proceso introdujo nuevos pasatiempos y formas de sociabilidad, no logró eliminar por completo los elementos considerados indeseables en la nueva vida urbana.

Se evidencia que, de manera progresiva, la preocupación durante la primera mitad del siglo por distanciarse de la imagen de una Bucaramanga aldeana, que se buscaba dejar atrás, se convirtió en un parámetro que orientó —especialmente desde el discurso— la construcción y el uso de los espacios para el tiempo libre. El incremento del consumo abrió la posibilidad de

mercantilizar el confort y el bienestar, lo que propició la aparición de cafés y grandes casonas que encontraron un lugar en el centro de la ciudad como espacios en los que se ofrecían servicios de entretenimiento exclusivos. Estos escenarios funcionaban como espacios de distinción, pues quienes asistían a reuniones en ellos eran asociados con sujetos que buscaban proyectar una disposición hacia la innovación y la moralidad en sus formas de recreación.

Los clubes sociales contruidos en la ciudad fueron expresión del interés de un sector de la élite local por reafirmar su posición dominante frente al conjunto de la población. La estrategia consistió en visibilizar, a través de la prensa, las prácticas realizadas en estos escenarios, construyendo una imagen de comodidad y privilegio que se idealizaba precisamente por tratarse de condiciones de las que carecía la mayor parte de la población. Sin embargo, según los relatos difundidos, dichas condiciones se materializaban en la belleza de los jardines, la amplitud de salones y corredores, la sobriedad de las conductas, la altura de las conversaciones, la magnificencia de la orquesta, la estética de la decoración y, en general, en una sensación de satisfacción constante entre los invitados. Estas formas de representación evidencian distintas maneras de construir y comprender el espacio desde una perspectiva de clase. La primera se materializó con la creación del Club de Comercio en 1924, un imponente edificio ubicado al oriente del Parque Santander, que funcionó como centro social de una élite comercial en el que se reunían socios y eran recibidos personajes de reconocimiento público que visitaban la ciudad. La segunda estuvo orientada hacia una sociabilidad más vinculada al descanso que a los encuentros formales, en el marco de una creciente búsqueda de innovación en las formas de recreación por parte de la élite, que incorporaba nuevos juegos y prácticas deportivas.

Aunque no encajaban plenamente con la imagen de ciudad moderna que se buscaba proyectar, las prácticas desarrolladas en las cantinas como espacios de diversión popular se mantuvieron, aunque desplazadas hacia los márgenes urbanos. Bajo una regulación que buscó de manera constante alejarlas de las zonas residenciales y, especialmente, del centro de la ciudad, los expendios de alcohol —que habían caracterizado el esparcimiento en la Bucaramanga del siglo XIX— fueron reubicados en los extremos urbanos. Este desplazamiento no implicó necesariamente una disminución de su popularidad.

En estos espacios se configuraron formas de sociabilidad asociadas a los sectores populares, e incluso a algunos individuos con mayor acceso a recursos, quienes manifestaban preferencias por diversiones más simples y menos normativizadas, en las que podían preservarse valores tradicionales y gustos socialmente censurados. La creación de la zona de tolerancia en la calle 61, que además de concentrar cantinas agrupaba prácticas prohibidas

como las apuestas y la prostitución, evidencia que, mientras ciertas formas de entretenimiento se legitimaban en el centro de la vida pública, aquellas consideradas censurables no desaparecieron, sino que se reconfiguraron espacialmente bajo nuevas formas de regulación y vigilancia, con el propósito de salvaguardar la moral pública.

Bibliografía

Fuentes Consultadas

Centro de Documentación e Investigación Histórico Regional de la Universidad Industrial de Santander, Archivo Histórico Regional de Santander, *Colección Hemerográfica*.

Archivo del Concejo Municipal de Bucaramanga, *Colección Hemerográfica, Fondo Concejo Municipal*

Obras publicadas

Acosta Lozano, Sergio Andrés. “Patrimonio arquitectónico del centro de Bucaramanga”. Tesis de pregrado en Historia, Universidad Industrial de Santander, 2011.

Agulhon, Maurice. *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810–1848*. Madrid: Editorial Siglo XXI, 2009.

Álvarez Orozco, René. “Bares, cantinas y zonas de tolerancia: control social y crecimiento urbano en Bucaramanga 1900–1950.” *Reflexión Política* 9, núm. 17 (junio de 2007): 146.

Álzate Echeverri, Adriana María. *Suciedad y orden. Reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada, 1760–1810*. Bogotá: Universidad del Rosario/Universidad de Antioquia/ ICANH, 2006.

Arango, Silvia. *Ciudad y arquitectura. Seis generaciones que construyeron la América Latina moderna*. México: Fondo de Cultura Económica/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2012.

Archila, Mauricio. “El uso del tiempo libre de los obreros 1910–1945.” *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, no. 18 (1990).

Bairoch, Paul. *De Jericó a México: historia de la urbanización*. México: Trillas, 1990.

“Bucaramanga, una ciudad triste”, *Diario El Deber*, 15 de marzo de 1935.

Cámara de Comercio de Bucaramanga. 100 años creciendo en la región. Bucaramanga: Editorial Cámara de Comercio, 2015.

- Censo de Población 1912, 1918, 1928, 1938 y 1951*, Departamento Administrativo Nacional de Estadística, <http://biblioteca.dane.gov.co/biblioteca/categories/43>.
- “Café Central”, *Diario El Deber*, 8 de abril de 1933.
- “Café Ingles”, *Diario Lucha y defensa*, 14 de octubre de 1911.
- Capel, Horacio. “La definición de lo urbano.” *Estudios Geográficos*, núm. 138–139 (1975): 265–302.
- Corbin, Alain. “Sexualidad comercial en Francia durante el siglo XIX: un sistema de imágenes y regulaciones”. Traducido por Antonio Saborit. *Repl’esentations* 14 (1986):11–22.
- Dias, Cleber. “O esporte e a cidade na historiografia brasileira: uma revisão crítica.” *Revista Tempo* 19, no. 34 (2012): 33–44.
- “Del atardecer y del club”. *Revista Club Campestre* (1941).
- Díaz, Mary. *Biografía de Don Vicente Díaz Romero*
https://issuu.com/mauricio.carreno.diaz/docs/a_rbol_genealogico_vicente_di_az_romero-fusionado_?fbclid=IwAR1DU1xPjXdzPnNxmBIBo0vzetkVI7oS8OigMkTPA7cemIUuQWIYamQmfr8
- Dunning, Norbert y Eric Dunning. *Deporte y Ocio en el Proceso de la Civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- “Efectos del guarapo”, *Vanguardia Liberal*, 16 de diciembre de 1925.
- “El Match”, *Diario Palabra Católica*, 15 de agosto de 1918.
- “En Campo Hermoso”, *Diario El Deber*, 23 de marzo de 1944.
- “En el Café Ingles”, *Diario Vanguardia liberal*, 27 de abril de 1928.
- “Es cierto que...”, *Diario La Paz*, 12 de diciembre de 1908
- “Es un inhumano” *Unión Obrera*, 19 de agosto de 1911.
- Espinosa, Carlos. “Negociantes en Bucaramanga 1902–1929”. Tesis de Maestría, Universidad Industrial de Santander, 2009.
- “Fámulas, mujeres públicas y policía”, *Diario El Deber*, 12 de febrero de 1931.
- “Flechas o Caucheras”, *Diario La Paz*, 12 de diciembre de 1908.
- “Festival de gala en los Cafés Central, El Centenario e Inglés”, *Diario El Deber*, 7 de agosto de 1935.
- Gavassa, Edmundo. *Club del comercio, Bucaramanga 1872–1986*. Bucaramanga: Editorial Salesiana, 1986.
- García, José Joaquín. *Crónicas de Bucaramanga*. Bucaramanga: Fundación El Libro Total, 1894.
- Garzón Montenegro, José Benito, comp. *Creación de barrios obreros en Colombia a inicios del siglo XX: la higiene como excusa, la eugenesia como propósito, el control como finalidad*. Cali: Editorial Unicatólica, 2019.
- González Escobar, Luis Fernando. “Los cafés en la historia urbana de

- Medellín”. *Revista Universidad de Antioquia* no. 329 (2017): 85-90.
- “Guarapearos y navajazos”, *Diario Vanguardia Liberal*, 14 de mayo de 1927.
- Kingman, Eduardo. *La ciudad y los otros: Quito 1860–1940. Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO-Ecuador/ Universitat Rovira i Virgili, 2006.
- “La policía”, *Diario Unión Obrera*, 6 de abril de 1912.
- Lizarazo, Marco Tulio. “Bucaramanga la ciudad de los parques, 1952”. Video de Youtube, 10:00. Publicado el 22 de agosto de 2019.
https://www.youtube.com/watch?v=A9UPGAK7ctg&t=118s&ab_channel=UISMemoria
- López, Carol Vanessa. “Bogotá, una ciudad entre cafés y chicherías”. Tesis de pregrado de Licenciatura, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, 2014.
- Losada, Leandro. “Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: los clubes sociales de la élite porteña (1880–1930).” *Desarrollo Económico* 45, no. 180 (2006).
- “Lotería en el Café Central”, *Diario Vanguardia Liberal*, 13 de enero de 1934.
- “Los vagos”, *Diario La Paz*, 2 de enero de 1909.
- Luna, Sara. “Públicos teatrales en la Ciudad de México: apuntes en torno al gusto, la cultura y las clases medias”. *Revista Oficio* 10 (2020): 93-111.
- Martínez Botero, Sebastián. “El imaginario civilista en los parques del centro de Bucaramanga”. *Revista de Santander*, no. 4 (2009): 44-65.
- Martínez Garnica, Armando, et al. *Historia básica de Bucaramanga: Cuatro siglos de un poblamiento, 1622–2022*. Bucaramanga: Ediciones UIS, 2022.
- Mejía, Germán. “El espacio y el tiempo. Un ensayo para estudiar la ciudad en clave de historia urbana”. En *Después de la heroica fase de exploración. La historiografía urbana en América Latina*, coordinado por Gerardo Martínez y Germán Mejía, 99–122. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2021.
- Mejía, Germán. *La aventura urbana en América Latina*. Madrid: Fundación Mapfre/Taurus, 2013.
- Melo Flórez, Jairo Antonio. “El homicidio en la provincia de Soto. 1903–1930”. Tesis de licenciatura, Universidad Industrial de Santander, 2009.
- “Notas de policía”, *Adelante*, 13 de septiembre de 1913.
- “Notas sociales”, *Diario Vanguardia Liberal*, 23 de abril de 1922.
- Olano, Ricardo. “Club Campestre”, *Tierra Nativa*. 1929.
- Otero, Piedad Lucía. “Sexo venal y mujeres tarifadas: Bucaramanga 1940–

- 1960.” Tesis de licenciatura, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 2017.
- “Otra trifulca en la casa de mercado La Concordia”, *Diario El Deber*, 8 de julio de 1939.
- Peralta, Victoria. *Distinciones y exclusiones. En busca de cambios culturales en Bogotá durante las Repúblicas Liberales: Una historia cultural de Bogotá (1930–1946)*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2013.
- Pimiento Ríos, Andrés David. “A fuego cruzado: Homogenización, conflictos sociales, violencia y homogenización política en Barichara y Villanueva, Santander (1946–1954)”. Tesis de licenciatura, Universidad Industrial de Santander, 2019.
- “Potreros y arrabales”, *Vanguardia Liberal*, 12 de septiembre de 1922.
- Pulido, Diego. *¡A su salud! Sociabilidades, libaciones y prácticas populares en la ciudad de México a principios del siglo XX*. México: El Colegio de México, 2017.
- Quitán, David. “Deporte y modernidad: caso Colombia. Del deporte en sociedad a la despartidización de la sociedad.” *Revista Colombiana de Sociología* 36, no. 31 (2013): 25.
- “Reapertura de Juegos Permitidos en el Café Central”, *Diario El Deber*, 24 de enero de 1933.
- Rico Agudelo, Angie. *Las travesías del cine y los espectáculos públicos: Colombia en la transición del siglo diecinueve al veinte*. Bogotá: Cinemateca Distrital-Gerencia de Artes Audiovisuales/IDARTES, 2016.
- Rico Agudelo, Angie. *Teatro Santander: Renovación urbana y vida cotidiana en Bucaramanga*. Bucaramanga: Gobernación de Santander, 2011.
- Romero, Jose Luis. *Latinoamericana: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI, 2001.
- Rueda Cáceres, Liliana. *En cuerpo y alma: casas bumanguesas 1778–1966*. Bucaramanga: Editorial UNAB, 2006.
- Rueda Gómez, Néstor José, y Jaime Álvarez Fuentes. “*Estructura urbana de Bucaramanga 1901–1930*”. Tesis de pregrado en Historia. Universidad Industrial de Santander, Escuela de Historia, 1999.
- Ruiz, Jorge Humberto. *La política del sport: Élite y deporte en la construcción de la nación colombiana, 1903–1925*. Bogotá: La Carreta Editores/Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2010.
- Ruiz, Jorge Humberto. “Las desesperantes horas de ocio: Tiempo y diversión en Bogotá (1849–1900)”. Tesis doctoral, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-México, 2017.
- Salazar Arenas, Oscar Iván. “Tiempo libre al aire libre. Prácticas sociales,

- espacio público y naturaleza en el Parque Nacional Enrique Olaya Herrera (1938–1948)”. *Historia Crítica*, no. 33 (2007): 186-208.
- Saldarriaga Roa, Alberto. *Bogotá siglo XX: urbanismo, arquitectura y vida urbana*. Bogotá: Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 2000.
- “Se fundó el Club Unión”. *Revista Club Unión* (1949).
- Sierra Garzón, Freddy Alexander. “Aguardiente de caña: consumo e intervención estatal en Santander (1923–1953)”. Tesis de maestría, Universidad Industrial de Santander, 2013.
- “Tennis Club”, *Diario Voz Liberal*, 22 de febrero de 1912.
- Valdivieso, Susana. *Bucaramanga. Historias de sesenta y cinco años*. Bucaramanga: Cámara de Comercio, 1992.
- Veblen, Thorstein. *Teoría de la clase ociosa*. Madrid: Alianza Editorial, 2013.
- “Vida bumanguesa”, *Diario La Mutualidad*, 15 de enero de 1910.
- “Vida del Club Campestre”. *Revista Club Campestre* (1941).
- “Vuelve el guarapo”, *Diario Vanguardia Liberal*, 2 de febrero de 1928.

Sobre el autor

Víctor Manuel Peña Melo es Maestro en Historia por la Universidad de Guanajuato. Actualmente cursa el programa de doctorado en Historia en el Colegio de Jalisco. Sus líneas de investigación se centran en la historia urbana, el tiempo libre, las actividades recreativas y el deporte en la transformación de ciudades colombianas en el siglo XX. De reciente publicación son: “La ciudad y las prácticas deportivas: los espacios para el deporte en Bucaramanga durante la primera mitad del siglo XX.” En *Bucaramanga 400 años: Historia, cultura y sociedad*, coordinado por Brenda Escobar Guzmán, 53–88. Bucaramanga: Editorial UIS, 2023 y “Un despertador para la historiografía: pensar el impacto de la fenomenología y la hermenéutica en la escritura de la historia.” En *Observar, comprender e interpretar*, coordinado por Alberto Arellano Ríos, 251-274. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2024.